

CONSENSO Y CONFLICTO: LA DIMENSION POLITICA DE LA SOCIOLOGIA*

ROBERT W. ANDERSON**

I

EN el desarrollo de la sociología como disciplina académica y profesional llega un momento en que el problema teórico implícito en el título de este trabajo se pone de manifiesto. Reconocemos todos que la sociología, como una de las ciencias sociales, es algo más que una técnica aplicada a la solución de problemas sociales que son definidos por la sociedad misma —como, por ejemplo, la delincuencia juvenil, la adicción a drogas, el rompimiento de la familia, etc. Sabemos que hay una diferencia entre un problema “social” y un problema “sociológico”. Aun cuando la sociología emerge —como ha emergido en muchos países— a causa de una necesidad reconocida de bregar con estos problemas sociales, es solamente una cuestión de tiempo hasta que se dé cuenta de la interdependencia de los fenómenos sociales que hace imprescindible la elaboración de teorías que nos ayuden a explorar la naturaleza dinámica de esta interdependencia.

En este trabajo quiero examinar un aspecto de este problema teórico —el de la dimensión política de la sociología. Se trata del área teórica donde colindan dos disciplinas profesionalmente separadas en nuestros países, la sociología y la ciencia política (o las ciencias políticas, forma plural que es más común en el idioma español). Sugiero que la dimensión política no es por definición externa a la sociología sino una parte integral de ella. La tarea teórica principal es la de extraer conceptualmente esta dimensión política para que se pueda usar conscientemente en nuestras investigaciones. Si no se hace ese intento el investigador corre el peligro de ignorar una dimensión im-

* Ponencia presentada ante el XVI Congreso Nacional de Sociología, Veracruz, México.

** Catedrático Asociado de Ciencia Política y Director del Departamento de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

portante que puede influir inconscientemente en la elaboración de sus premisas y planes de investigación y podrían desvirtuar la validez científica de sus resultados. Claro está, mientras más amplio sea el ámbito del campo de interés del investigador y sus proyectos, más obviamente incida la dimensión política; pero insistiría aquí que no concibo lo que sigue simplemente como un ensayo en una subdisciplina que se llamara la "Sociología Política". Considero que la dimensión política de que hablo permea el estudio de la sociedad en todos sus niveles, no solamente el que llamamos popularmente el "político". El problema es uno de aislar conceptos relevantes, no el de separar instituciones o niveles estructurales.

En este punto es necesario aclarar una diferencia entre el término *consenso* y el de *cooperación*. Entiendo que la "cooperación" implica un empeño colectivo, normalmente voluntario, por la consecución de una meta o fin tangible y finito. En general, el fin toma precedencia moral sobre los conflictos que puedan haber entre los miembros del grupo. El "consenso", en cambio, se refiere al medio en que se deriva una unidad como consecuencia del conflicto mismo. Presupone la existencia inevitable del conflicto, pero busca las bases para la cohesión social en las condiciones del conflicto mismo. En fin, se refiere al conjunto político, al contexto último en que las decisiones autorizadas (*authoritative*) del grupo se toman. El consenso no es un acuerdo colectivo sobre los fines externos del grupo sino una dimensión del grupo en sí. Es esta tensión entre el conflicto y el consenso —dos aspectos paradójicos de todo grupo social— que está al corazón del problema de la interpretación sociológica en su dimensión política. Desde luego, mientras más inclusivo sea el grupo y menos voluntaria sea la participación en él más relevancia tiene la dimensión política. Tradicionalmente, la sociedad más inclusiva y menos "voluntaria" ha sido el Estado, pero en esta época de partidos de masas, movimientos internacionales, sistemas políticos continentales, etc., "lo político" a la vez trasciende el Estado y es relevante a asociaciones de un nivel estructural inferior al del estado nacional moderno.

II

En toda empresa científica —y más aún quizás en las ciencias sociales— existe una tensión constante entre el *rigor científico* y la *relevancia*. Por un lado tenemos que adherirnos a unos cánones de disciplina conceptual y metodológica que nos permitan emplear el vocablo "ciencia" para describir, aunque imperfectamente, nuestra acti-

vidad intelectual. Por el otro lado nuestra "ciencia" existe o se justifica a causa de una supuesta utilidad y relevancia directa a las sociedades de las cuales emergen. Todavía nos es muy natural hablar de la "sociología norteamericana" o la "sociología latinoamericana" como si se tratase de dos áreas de actividad intelectual muy separadas una de la otra. Y el presidente de la Asociación Norteamericana de Ciencias Políticas (*American Political Science Association*) puede decir a la Asociación en su conferencia presidencial de 1965 que los problemas de la ciencia política moderna son los problemas de la ciencia política norteamericana.¹ En suma, parece mucho más difícil en las ciencias sociales que en las llamadas ciencias "duras" hablar significativamente de una diferencia entre la ciencia "pura" y la ciencia "aplicada". La "aplicabilidad" —la relevancia— de las ciencias sociales incide con mucha más prominencia en las construcciones conceptuales de sus practicantes.

Pero hay que considerar este problema de relevancia en dos niveles, que corresponden, en términos generales, a etapas solapadas en el desarrollo, tanto de la sociología como de las ciencias políticas. El primero es el de los problemas inmediatos que se identifican o con la administración de programas auspiciados por el poder público o entidades particulares o con el alivio o "solución" de problemas que son fácilmente aceptados como "anti-sociales". La relevancia de estos temas y actividades es obvia, y el problema de la tensión entre la relevancia y el rigor científico no se hace patente hasta que se comience a dar cuenta de la interdependencia de los fenómenos sociales. Desde este punto los que tratan de formular explicaciones más generalizadas o de inventar nuevos conceptos para la investigación empírica de estas interrelaciones comienzan a separarse intelectual y profesionalmente de los que se limitan al estudio más técnico de problemas o áreas limitadas. Aquí las crecientes diferencias en técnicas y orientación, por ejemplo, entre el trabajador social y el sociólogo o entre el campo de Administración Pública y la ciencia política.

Pero es el segundo nivel de la tensión entre rigor científico y relevancia que es de creciente importancia hoy en día y es de suma importancia teórica. Se refiere a la manera mediante la cual se percibe la naturaleza de esta interdependencia social; se refiere a los supuestos teóricos que residen en la base de los varios esquemas conceptuales y metodológicos. Ya no es una tensión sencilla entre un nivel cuantitativo de investigación y otro, sino entre suposiciones discrepantes en cuanto a las dimensiones morales de la sociedad misma. En un sentido

¹ Conferencia presidencial del doctor David B. Truman de la *American Political Science Association*, leída ante el Congreso Anual de la Asociación, 8 de septiembre, 1965.

muy básico de la palabra, se refiere a supuestos distintos sobre la naturaleza, real o deseada, del ordenamiento político de la sociedad misma. Sugiero que el enfrentarse con este problema, un problema de perspectivas intelectuales y teóricas, es una tarea de importancia mayúscula hoy día si queremos que la sociología se desarrolle hacia metas genuinamente científicas— es decir, supraideológicas y transnacionales. Que el problema tiene repercusiones muy prácticas y concretas debe ser obvio a la luz de la contracorriente desgraciada producida por el exquisitamente malogrado Proyecto Camelot.

A grandes rasgos se puede vislumbrar, con Dahrendorf,² dos perspectivas teóricas con respecto al análisis social; son dos tipos de visión general de la naturaleza de la dinámica social. Cada una implica a la vez unos supuestos referentes a lo que hemos llamado la dimensión política de la sociología. La primera estudia la sociedad mediante un "análisis de sistemas", o el "funcionamiento" y la segunda visualiza la sociedad a través de algún tipo de teoría de conflicto. A mi entender la tensión entre "análisis de sistemas" y "análisis de conflicto" está en el mismo centro vital de las discusiones teóricas reinantes en el campo de la sociología contemporánea. La implicación para la disciplina hermana de la ciencia política es patente y significativa.

(Estas discrepancias nada tienen que ver con las alegadas diferencias entre el llamado *behaviorismo* y los enfoques supuestamente "anti-behavioristas". Estas se refieren a discusiones sobre la relativa utilidad moral de la "filosofía" o el "humanismo" y las tendencias cuantificadoras de las ciencias llamadas "exactas"—una disputa que a mi juicio es crecientemente estéril e irrelevante).³

En la sociología que se ha desarrollado en los Estados Unidos en las pasadas décadas se hace hincapié sobre el rigor científico —no a *expensas* de la relevancia política, sino como consecuencia de una actitud *que toma por sentada* su relevancia. Las varias teorías "funcionalistas" o "análisis de sistemas" dominantes en la sociología norteamericana cuadran muy bien con una perspectiva que tiende a relegar lo político al *status* de un variable dependiente dentro de un sistema funcional. Y una parte significativa de la ciencia política norteamericana,

² Ralph Dahrendorf, "Out of Utopia: Toward a Reorientation of Sociological Analysis", *American Journal of Sociology*, LXIV, septiembre, 1958, pp. 115-27.

³ Véase, por ejemplo, el recuento de los principios básicos del llamado "behaviorismo" hecho por David Easton, Incluyen: suposiciones de uniformidad en la conducta, la verificación, la cuantificación de datos cuando sea posible y relevante, la flexibilidad en técnicas de investigación, la distinción analítica entre valores éticos y explicaciones empíricas, la sistematización, la precedencia lógica de entendimiento a su aplicación práctica, y la integración indisciplinaria. Véase la cita de Easton en Merle Kling, "The State of Research on Latin America: Political Science" en Charles Wagley, ed., *Social Science Research on Latin America*, New York: Columbia University Press, 1964, pp. 179-80.

basada sobre unas suposiciones pluralistas que recibieron su primaria expresión magistral en el famoso Papel N^o 10 del *Federalista* de Madison, parte de la premisa de que el *consenso* en un sistema político es *a la vez* el producto de un proceso de negociación política entre múltiples intereses y un acuerdo más o menos unánime sobre las "reglas del juego". El "juego" en sí, el choque de intereses y demandas, y la negociación o transacción dinámicas entre ellos se presta al análisis riguroso y, en principio, a la cuantificación progresiva. Pero el componente "cultural" o "histórico" de este consenso —el que trasciende el "juego" en sí y se refiere a la disposición de aceptar las "reglas"— va más allá del alcance del método del estricto rigor del análisis científico. En otras palabras, bajo las suposiciones que sustentan gran parte de la sociología moderna, los linderos del sistema político se toman por sentados. Lo que he llamado la dimensión política de la sociedad es, en efecto, pasada por alto. Ahora bien, el punto de partida esencial del fenómeno "político" es la existencia del conflicto. En la medida que se trata de actividades o instituciones "políticas" este enfoque supone que el conflicto es necesario para el consenso —el "output" del sistema político, por ejemplo— pero conceptualmente la idea misma del consenso, la disposición de presumir su existencia, es "anterior", en el sentido que es un atributo global del sistema, y no una parte de él.

Bajo estas suposiciones las técnicas más modernas y avanzadas —la administración y análisis de encuestas o surveys, el estudio de instituciones conceptualmente aisladas, como partidos políticos y grupos de interés, los avances notables en la cuantificación y codificación de datos copiosos— son muy útiles y reveladoras.

Por lo productivo que pueda ser este enfoque en la divulgación científica de sociedades que hayan logrado un alto grado de modernización, no puede ser fácilmente extendido a las áreas que tenemos la costumbre hoy en día de llamar "en desarrollo", particularmente en aquellas donde los linderos mismos del sistema político están bajo cuestión —donde, en otras palabras, la dimensión política permea estratos e instituciones que en Norteamérica, por ejemplo, pueden legítimamente considerarse como apolíticas. En estas sociedades —que incluye, después de todo, la gran mayoría de la población del mundo, y de las cuales probablemente no debemos sustraer tan siquiera a los Estados Unidos— es difícil ver el "conflicto" como una parte funcional de un sistema en operación. El conflicto es más bien una condición perenne y entremetida; el problema político parece ser el de acabar con el conflicto, canalizarlo, o asuadir sus efectos potencialmente anárquicos. Los materiales culturales y sociales para el "con-

senso" —particularmente en los países con ansias conscientes de modernización— escasean, y por consiguiente, la tarea básica de la política es la de forjar un consenso. Puesto que no podemos suponer que este consenso haya de emanar naturalmente como consecuencia de un "sistema", tiene que ser forjado artificialmente —es decir, mediante la política. Por tanto, la "dimensión política" toma una posición permanente y rectora. Y una sociología que ignora esa dimensión corre el riesgo de sacrificar su relevancia en el altar de un rigor científico, que por el mismo hecho de su irrelevancia, deja, aunque suene paradójico, de ser científico.

III

Estas tendencias "funcionalistas" admiten una riqueza de variaciones y enfoques conceptuales. Sería inadmisible suponer que no hay diferencias importantes entre Parsons, por ejemplo, con su elaboración complicada de teorías de "sociedades totales" y Robert K. Merton con su insistencia famosa en la necesidad de formular teorías y proyectos de "alcance mediano" (*middle range*); o en el campo propiamente dicho de la ciencia política, entre los intentos hacia una "teoría probabilista" de Almond, el análisis del sistema político de Easton,⁴ o la visión cibernética de K. Deutsch de la sociedad como un sistema de impulsos, estímulos, y reacciones.⁵ Pero creo que todas estas teorías y enfoques comparten en general unos supuestos funcionales y sistémicos —al extremo que un sociólogo norteamericano podía insistir en un artículo muy leído que el debate entre "funcionalistas" y "anti-funcionalistas" es estéril y sin significado, porque si la sociología estudia interrelaciones sociales, y si dichas interrelaciones implican la existencia de un sistema, la sociología por definición es "funcional".⁶

Como ya hemos indicado, de acuerdo con este enfoque, el papel del conflicto es algo ambiguo —una ambigüedad que se soslaya tan sólo parcialmente mediante el uso de los términos "disfunción" o "disfuncional".⁷

⁴ David Easton, "An Approach to the Analysis of Political Systems", *World Politics*, IX, abril, 1957, pp. 383-400.

⁵ Karl Deutsch, *The Nerves of Government: Models of Political Communication and Control*, Glencoe, Illinois: Free Press, 1963.

⁶ Kingsley Davis, "The Myth of Functional Analysis as a Special Method in Sociology and Anthropology", *American Sociological Review*, XXIV, diciembre, 1959, pp. 757-72.

⁷ Un ejemplo muy original e interesante de aplicar la teoría funcional al problema del cambio revolucionario se encuentra en "Revolution and the Social System", una ponencia leída en la Convención Anual de la American Political Science Association en 1963 por el profesor Chalmer's Johnson de la Universidad de California (Berkeley).

Frente al enfoque sistémico o funcional se encuentran las varias teorías de conflicto. Al riesgo, otra vez, de simplificar demasiado, hacemos una distinción entre dos variantes generales —la teoría marxista y las teorías elitistas de conflicto. El marxismo parece ofrecer una resolución cómoda al dilema que hemos delineado como intrínseco en cualquier empeño de análisis sociológico y que no se resuelve satisfactoriamente en el enfoque "funcional". En cuanto a la tensión entre "ciencia" y "relevancia", el marxismo, en su combinación de análisis, prescripción, y profecía, intenta hacer una síntesis absoluta e inequívoca. Con la elaboración del concepto de clase y la teoría básica de la lucha de clases, el pensamiento marxista se basa, obviamente, sobre el concepto elemental del conflicto. La sociología analítica tiene una deuda grande con Marx por sus contribuciones penetrantes a la explicación de las fuentes de conflicto en la sociedad preindustrial e industrial. Pero Marx era mucho más que un sociólogo analítico, y en sus proyecciones prescriptivas su teoría de conflicto tiene un desenlace que va mucho más allá del *consenso*. La naturaleza absoluta y apoteósica de la lucha de clases, según Marx, no permite la consecución de un "consenso" hasta que se desapareciera todo menos uno de los contrincentes. Pero tal unanimidad potencial no es *consenso*; en efecto este término no tiene validez teórica alguna en la concepción marxista. Si aceptamos la idea de que la política es el proceso mediante el cual se buscan las bases de acuerdo y orden públicos (consenso) dentro de una situación de conflicto, entonces el marxismo es sumamente apolítico. El leninismo, que hasta cierto punto pone a Marx a patas arriba como Marx alegaba que él había hecho con Hegel, separa aún más el análisis teórico de la táctica revolucionaria activista. Esto simplemente intensifica la irrelevancia teórica de la política. Sea la política un factor dependiente de la estructura social y económica (análisis social marxista) o la guía absoluta de las transformaciones revolucionarias (activismo revolucionario leninista) —su relativa autonomía como una dimensión esencial de la sociedad es pasada por alto. La política no es ni sirviente de la sociedad ni su amo. Un enfoque que presume que tiene que ser o uno o el otro cierra la posibilidad de proveer un marco científico para el estudio de la dimensión política de la sociedad.⁸ Si el funcionalismo corre el riesgo de sacrificar la relevancia en aras del rigor científico, también hay que evitar la contratendencia de magnificar la relevancia a expensas de la ciencia. Recuérdese que un genuino científico es uno que está contento con la incertidumbre.

⁸ Véase la discusión de este punto en Reinhard Bendix, "Social Stratification and the Political Community", *Archives Européennes de Sociologie*, I (1960), pp. 181-210.

Las varias teorías no-marxistas del conflicto emplean como una idea orientadora básica el concepto de "élite". La visión de la sociedad como dividida entre "élites" y "masas" parece ser central al intento analítico de construir teorías de conflicto social. Algunos teóricos, como C. Wright Mills, por ejemplo, ven a la élite como una constelación de actores y grupos que tienden hacia una cohesión y homogeneidad de intereses básicos —la *Elite de Poder* del título de uno de sus más famosos libros. Otros parten de la premisa analítica de una pluralidad de élites y masas; existen diferentes élites con diferentes bases de poder, influencia, o prestigio y con varias posibles relaciones entre sí y con las masas dependientes, en una forma u otra, de ellas. Muchas de las más interesantes teorías recientes del cambio social y político emplean este enfoque de élites y masas plurales —por ejemplo, la obra de Kornhauser sobre *La Política de la Sociedad de Masas* y Organski en su nuevo librito sobre *Las Etapas del Desarrollo Político*.⁹ Estos enfoques —tanto el de Mills, que en su tendencia de aceptar un dualismo institucional se acerca a las suposiciones marxistas sin incorporarse totalmente en ellas, como el de los teóricos de élites plurales, que se acercan en gran medida a las suposiciones funcionalistas— tienen la ventaja de poner a la dimensión política en una posición analíticamente predominante. En cualquier análisis político —pero especialmente en un momento histórico donde el cambio social y político es motivo de tanta inquietud práctica— algún concepto teórico de "élite" parece ser imprescindible. Y las varias teorías de conflicto —no importa por ahora las diferencias entre ellas— parecen proveer, por lo menos, un intento analítico de cerrar la laguna entre el rigor científico y la relevancia.

IV

Ahora bien, los enfoques que se han discutido arriba son enfoques que emanan de una perspectiva general de la sociedad total. Cada uno representa una manera diferente de hacer la síntesis entre la disciplina y la relevancia. En un alto nivel de abstracción teórica, es probable que algunas de las teorías de conflicto han tenido el mayor éxito en la construcción de esa síntesis. Pero las abstracciones teóricas son válidas únicamente en la medida en que son de ayuda y relevancia al investigador social en su empeño de entender el aspecto de la sociedad que le interesa. Las grandes teorías no deben ser consideradas como "ex-

⁹ William Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, Glencoe, Illinois: Free Press, 1959; A. F. K. Organski, *The Stages of Political Development*, New York: Alfred A. Knopf, 1965.

plicaciones" de la realidad social sino fuentes de hipótesis para la explicación posterior mediante el estudio empírico.

Por eso sugeriría que el investigador social —digamos el sociólogo o el "científico político"— debería de reconocer que cualquiera o todos los enfoques que hemos descrito tan someramente puede tener relevancia a su área de interés especial. Los enfoques funcionalista, marxista, y elitista todas son fuentes potenciales fructíferas de hipótesis y postulaciones para los científicos sociales. Creo, como señalaré brevemente más abajo, que la relevancia y utilidad de estos enfoques varían grandemente de acuerdo con las condiciones distintas de sociedad a sociedad: un análisis marxista de la sociedad posindustrial sería tan engañoso como un análisis funcionalista de una sociedad preindustrial en un proceso incómodo de modernización. El científico social ideal debería de ser continuamente consciente de la relevancia contextual de sus supuestos teóricos. (Por ejemplo, el reconocer que la teoría funcionalista se basa sobre unidades analíticas relevantes o conducentes *por definición* al consenso, como en el caso de los conceptos de "articulación" y "agregación" de intereses en el influyente ensayo introductorio por Gabriel Almond en el libro *La Política de las Areas en Desarrollo*).¹⁰ Pero el enjuiciamiento de la corrección de esa relevancia es inalcanzable por la ciencia misma. La selección del enfoque teórico es, analíticamente, arbitrario: depende de la gama de alternativas abiertas al investigador en su ambiente histórico y cultural y, dentro de esto, a una selección individual. Los científicos físicos se han acostumbrado ya hace varios años a aceptar como igualmente válidas —dependiendo de los propósitos específicos de los proyectos de investigación— dos teorías contradictorias respecto a la naturaleza de la luz, la teoría del cuántum y la teoría de onda. Para ciertos problemas se presume la validez de una; para otros problemas se presume la validez de la segunda. No podemos hacer menos en una materia aún más intratable como las ciencias sociales y políticas.

En aras de aclarar estas ideas quisiera sugerir unos conceptos ideales típicos, en el sentido Weberiano, con referencia a la dimensión política del análisis social. Responden al supuesto básico de que hay diferentes categorías de realidades políticas, y que éstas se refieren, analíticamente, a varios grados de tensión entre "conflicto" y "consenso" que mencionamos al comenzar este trabajo. Una discusión detallada tendrá que aguardar una secuela a este trabajo. Pero basta anticipar aquí que estos conceptos corresponden en forma general y amplia a los enfoques y supuestos que ya hemos señalado. Sugiero que se

¹⁰ Princeton University Press, 1960, pp. 3-64.

puede distinguir entre tres categorías de la dimensión política —es decir, tres estilos políticos que corresponden a diferentes situaciones con respecto al desenlace dinámico de la tensión entre conflicto y consenso.

Primero tenemos una "política de intereses", donde, conforme al patrón funcionalista que hemos bosquejado arriba, el consenso y el conflicto serían los dos lados complementarios de un proceso sistémico donde el conflicto se llevaría a cabo para la consecución de fines limitados, y todos sujetos a un común acuerdo sobre la naturaleza última de la comunidad política, o, en términos más comunes, la nación misma.

Segundo, se postula la categoría de "política de clases", caracterizada por unas divisiones profundas con respecto a las metas finales de la sociedad, a su vez reflejos de grandes diferenciaciones estructurales y una consiguiente falta de capacidad unificadora genuina por las que sustentan el aparato formal del poder gubernamental. Mientras que las ideologías en la política de intereses tenderían a ser moderadas y secundarias a un espíritu y práctica de pragmatismo y transacción, supondríamos que en una política de clases las ideologías serían rígidas y mutuamente exclusivas; en el caso extremo, el "consenso" sería simplemente imposible.

Tercero, hay lo que llamaríamos la "política de masa", que se caracteriza por una tendencia notable hacia la movilización total de la sociedad alrededor de una ideología única que trascendería las bases distintivas de las divisiones clasistas. Se caracteriza por una forjación consciente de un "consenso" alrededor de una meta o una serie de símbolos unificadores, como por ejemplo, los muy poderosos y efectivos símbolos nacionales, particularmente en las ex colonias o países nuevos.

Obviamente, el señalamiento de estos tipos ideales de política es solamente un comienzo de un análisis. No implica con ello, por lo menos en esta etapa rudimentaria del planteamiento, ninguna teoría de cambio político de un tipo a otro, aunque es de esperarse que de la creciente aislación de los indicadores sociológicos referentes a cada uno se pueda deducir alguna hipótesis en torno a las posibles direcciones del cambio político. Tampoco supongo que un tipo representa una etapa más "madura" o "desarrollada" que otro, aunque la principal literatura sobre el desarrollo político nos dejaría la impresión que la política de intereses es característica de la sociedad posrevolucionaria o poscapitalista,¹¹ la política de clases es característica de la

¹¹ Véase Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford University Press, 1959, pp. 280-318.

sociedad prerevolucionaria e industrial, y la política de masa es una tendencia de las sociedades en proceso de consolidación revolucionaria o forjación nacional. No hay ninguna razón analítica para creer que la tendencia hacia una o la otra asegura o estimula una mayor "estabilidad". Pero sí es de suponerse que una sociedad dividida completamente entre estratos políticos rígida y mutuamente exclusivos es una contradicción en términos y para poder preservar su condición como sociedad tendería inevitablemente o hacia una política de intereses o hacia una política de masas. El punto es, más bien, que cada sistema político es empíricamente una mezcla de las tres categorías.

Considero que los aspectos de las sociedades reales que corresponden a estas diferentes manifestaciones de la dimensión política de la sociedad son alcanzables mediante las técnicas empíricas de la investigación. Por ejemplo, postularíamos que en una política de intereses las élites serían dispersas y solapadas; que serían divididas entre estratos bien definidas y mutuamente exclusivas por criterios económicos, regionales, ocupacionales u otros en la política de clases; que la élite sería definida en términos casi exclusivamente políticos en la política de masa. De esto se podría medir el grado en que las instituciones de una sociedad le hacen acercar a uno o al otro de estos tres tipos.

Pero más allá de la función de proveer un punto de partida conceptual para la formulación de teorías de cambio social y político —una empresa que pienso explorar en un trabajo próximo— algún tipo de enfoque flexible, como el que propongo tentativamente aquí, será necesario para el entendimiento progresivo de la dimensión política de la sociedad. Me atrevo creer que si no se reconoce la viabilidad legítima de perspectivas y enfoques alternativos, correríamos el peligro no solamente de ignorar el elemento autónomo de lo político en la constelación de actividades sociales, sino —peor aún— dejar que nuestras metas y propósitos sean crecientemente determinados por ideólogos, intereses creados, o los que están en posiciones dominantes del poder. La autonomía de la política puede ser apreciada y estudiada únicamente mediante una ciencia social autónoma.